

**CONOCER, EXPERIMENTAR Y VIVIR
AL CRISTO TODO-INCLUSIVO
PARA LA VIDA DE IGLESIA GENUINA**

(Sábado: sesión de la noche)

Mensaje seis

**Permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones,
dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros
y perseverar en la oración para la vida de iglesia genuina**

Lectura bíblica: Col. 3:15-16; 4:2

I. Necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones—Col. 3:12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35:

- A. El término griego traducido “sea el árbitro” también puede traducirse “juzgue”, “presida” o “sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, que actúa como árbitro, anula las quejas que tengamos contra cualquier persona—Col. 3:13.
- B. A menudo estamos conscientes de tres partidos que están en nosotros: un partido positivo, un partido negativo y un partido neutral; por tanto, es necesario que haya un arbitraje interno que resuelva la disputa que hay en nuestro interior:
 - 1. Cada vez que percibimos que diferentes partidos en nuestro ser argumentan o discuten, necesitamos dar lugar a la paz de Cristo que preside y permitir que esta paz, la cual es la unidad del nuevo hombre, gobierne en nuestro interior y tenga la última palabra.
 - 2. Necesitamos poner a un lado nuestra opinión, nuestro concepto, y escuchar la palabra del árbitro que mora en nosotros.
- C. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros; tendremos paz con Dios verticalmente y con los santos horizontalmente:
 - 1. Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son solucionados y las fricciones entre los santos desaparecen; entonces la vida de iglesia es preservada en dulzura, y el nuevo hombre es guardado de una manera práctica.
 - 2. Que la paz de Cristo actúe como árbitro equivale a que Cristo obre en nuestro interior para ejercer Su gobierno sobre nosotros, para dar la última palabra y para tomar la decisión final—cfr. Is. 9:6-7.
 - 3. Si permanecemos bajo el gobierno de la paz de Cristo que está entronizada, no ofenderemos a otros ni los perjudicaremos; más bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos vida a otros.
 - 4. Esta paz debería unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo que los une—Ef. 4:3.

II. Necesitamos dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros—Col. 3:16:

- A. Necesitamos permitir que la palabra del Señor tenga el primer lugar en nosotros y habite en nosotros para que podamos experimentar las funciones de la palabra

de Dios que operan en nuestro interior y ministran las riquezas de Cristo a nuestro ser:

1. La palabra de Dios nos ilumina (Sal. 119:105, 130), nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y nos riega para saciar nuestra sed (Is. 55:1, 8-11).
 2. La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos sobreedifica (Hch. 20:32).
 3. La palabra de Dios nos hace cabales, nos perfecciona (2 Ti. 3:15-17) y nos santifica para introducirnos en la unidad del Dios Triuno (Jn. 17:14-21).
- B. Colosenses 3:16 habla sobre dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros, “enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia” en nuestros corazones a Dios:
1. Una manera de dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros consiste en cantarla; además de orar-leer la Palabra, necesitamos aprender a cantar-leer y salmodiar la palabra de Dios—Sal. 119:54.
 2. Salmodiar la palabra de Dios incluye morar en ella, reflexionar sobre ella y disfrutarla, de modo que le damos más oportunidad a la palabra para que nos sature (v. 15); cantar y salmodiar la palabra son maneras excelentes de ejercitar nuestro espíritu y ser introducidos en el Espíritu (1 Co. 14:15; Sal. 47:6-7).
 3. Al cantar y salmodiar la palabra de Dios, podemos utilizar cualquier melodía, incluso una melodía espontánea de nuestra propia composición; necesitamos desarrollar el hábito de cantar y salmodiar la palabra día tras día.
 4. Cuanto más cantamos y salmodiamos la palabra del Señor, más oportunidad le damos a la palabra para que more en nosotros, se sumerja en nosotros y nos empape del elemento divino; entonces espontáneamente viviremos a Cristo—cfr. Jn. 6:57, 63.
- C. Necesitamos practicar diariamente acudir a Cristo, quien es la palabra viviente en la palabra escrita de Dios, para que Él como palabra aplicada del Espíritu pueda hablarnos personalmente a fin de infundirse en nosotros conforme a los siguientes principios rectores de vida—Ap. 19:13; Mt. 4:4; Jn. 5:39-40; 6:63; 8:31-32; 15:7; Dt. 17:18-19:
1. Debemos abrir todo nuestro ser al Señor a fin de que la luz divina brille en nuestro interior y nos sea suministrada la vida divina; aquel que experimenta el mayor grado de transformación es aquel que está absolutamente abierto al Señor—Sal. 119:105; Pr. 20:27; Sal. 139:23-24.
 2. Debemos buscar al Señor con todo nuestro corazón—119:2; Mr. 12:30.
 3. Debemos tomar medidas con respecto a cualquier cosa que nos separe del Señor—Hch. 24:16; 2 Ti. 1:3a; 1 Jn. 1:9; cfr. Ez. 1:22, 26.
 4. Debemos humillarnos delante del Señor, haciendo a un lado toda la confianza y seguridad que tengamos en nosotros mismos y fijando la mirada en Él para que nos dé Su misericordia y Su gracia—Is. 66:1-2; 1 P. 5:5.
 5. Debemos ejercitar nuestro espíritu para orar sobre la Palabra de Dios y con ella, y ejercitar todo nuestro ser para cantar, salmodiar y reflexionar sobre Su Palabra—Ef. 6:17-18; Sal. 119:15-16; cfr. Lv. 11:3.
- D. Al permitir que la palabra de Dios habite en nosotros, podemos llegar a ser un hombre de Dios lleno del aliento de Dios para que podamos estar plenamente equipados con la palabra de Dios como antídoto divino contra la decadencia de la iglesia—2 Ti. 3:14-17.

III. Necesitamos perseverar en la oración—Col. 4:2-3:

- A. Necesitamos apartar suficiente tiempo para la oración, lo cual nos permitirá absorber más de las riquezas de Cristo como tierra todo-inclusiva—1:12; 2:6-7; 4:2:
 - 1. Necesitamos dedicar tiempo para absorber al Señor contactándolo de manera definida y prevaleciente—Lc. 8:13; Mt. 14:22-23; 6:6.
 - 2. Encontrarnos con Dios por la mañana no solamente consiste en encontrarnos con Él temprano en el día; también consiste en encontrarnos con Dios en una situación que está llena de luz; deberíamos acudir a Dios solos, sin ninguna persona, asunto o cosa que nos distraiga u ocupe—Pr. 4:18; Éx. 33:11a; 34:3-4; Mr. 1:35.
 - 3. Cuando oramos, acercándonos al trono de la gracia, la gracia llegará a ser un río que fluye en nosotros y nos suministre—He. 4:16; cfr. Ap. 22:1.
- B. A fin de combatir del lado de Dios contra Satanás necesitamos perseverar en la oración—Dn. 6:10:
 - 1. Por ser aquellos que se ponen del lado de Dios, encontramos que todo el universo caído está contra nosotros y, en particular, contra nuestra oración; la resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino incluso dentro de nosotros—Mt. 26:41.
 - 2. Orar consiste en ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído—Lc. 18:1-8.
- C. Necesitamos designar tiempos específicos para la oración; nuestra actitud debería ser que la oración es nuestro asunto más importante, y no deberíamos permitir que nada interfiera con ella—Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12.
- D. Necesitamos permanecer en una atmósfera de oración al ejercitar nuestro espíritu continuamente—Ef. 6:18; 1 Ti. 4:7; 2 Ti. 1:7; Col. 1:3, 9:
 - 1. Necesitamos orar sin cesar, perseverar en la oración, al mantenernos íntimamente conectados con el Señor—1 Ts. 5:17; Mt. 26:41; Col. 2:19.
 - 2. Incluso en los detalles más pequeños necesitamos inquirir del Señor; hacer esto equivale a perseverar en la oración y, por ende, vivir a Cristo—cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:7-8.

IV. A medida que somos gobernados por la paz de Cristo y habitados por la palabra de Cristo al perseverar en la oración, Él nos empapa y nos reemplaza consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales hayan sido eliminadas a fin de que tengamos la vida de iglesia genuina—Col. 3:15-16; 4:2; 3:10-11.